

En la apenas colonizada Kuldja encontró Ujfalvi á los chinos dueños de pequeños santuarios budhistas en cuyos compartimientos semejantes á nichos había varias imágenes de Budha, delante de las cuales ardían cirios: en el centro flameaba un fuego que nunca podía extinguirse. Las inscripciones cubrían las paredes, y en lo alto de éstas y en los techos había pinturas, en parte representaciones simbólicas y en parte ilustraciones de la vida de Budha, cuyos martirios, muerte y apoteosis reproducían. Al lado del templo alzabase una escuela cuyas clases con sus largos bancos y sus mesas hacían el efecto de escuelas europeas. Las grandes ciudades cuentan con templos grandiosos que se extienden formando parques y cementerios.

En Basak, célebre por su pagoda y su monasterio de bonzos, el templo está rodeado de numerosas tumbas piramidales y de dos murallas circulares; la pagoda misma es una pirámide muy alta rodeada de hermosas columnas de madera con capiteles en forma de palmeras. El interior de este edificio es sombrío, y está habitado por murciélagos y cubierto de pinturas mal conservadas. Sobre el altar hay un montón de imágenes de Budha de mil diferentes materias y de todo tamaño, desde el más diminuto hasta el de seis metros de alto. En Kioto hay 3.000 templos de Budha. En cada ciudad de la China existen también innumerables templos. En las colonias inglesas de la India posterior, especialmente en Anam, los templos chinos son más ricos y hermosos que los de los indígenas. En el punto en que se separa el Bramaputra del río Lhasa, está edificado á 5.000 metros de altura el templo de Sama Yu, que probablemente fué erigido por el mismo Budha. Los objetos del culto son de oro y plata. La afición á edificar templos y monumentos fúnebres en sitios elevados, llega hasta los kalmukos del Volga. Un viajero polaco visitó en la cordillera de Kukunor un santuario llamado de las mil cuevas, cada una de las cuales fué cavada y cubierta con una capa de barro. El techo y las paredes están guarnecidos de innumerables y diminutos ídolos. Las cuevas pequeñas miden 10 metros de largo y 8 de alto y de profundidad; las mayores tienen dobles dimensiones. En una de las últimas hay una estatua de Budha sentado, que mide 25 metros de alto, y el pie 6 metros de largo. Una figura acostada tiene rostro de mujer; otra está rodeada de figuras de 72 niños. Todos los ídolos, grandes y pequeños, son de barro mezclado con caña. A la entrada de la cueva principal descuelan las figuras de algunos guerreros, con espadas y serpientes en las manos y feísimos rostros de animales; una figura está montada en un elefante, otra en un animal fabuloso. En una cueva se ve una plancha con una inscripción china, pero en las paredes hay inscripciones que los chinos no comprenden. En algunas cuevas hay campanas de hierro y tambores de forma extraordinaria. En el valle de Bamian existen dos estatuas de Budha, la una de 35 metros y la otra de 45 de alto; están rodeadas de muchos nichos y cuevas artificiales. Edificios por el estilo se encuentran en otras partes del Asia central.

El budhismo compite con el islamismo en prescribir como deber religioso las peregrinaciones. Así es que Ceylán, Lhasa, Urga han llegado á ser puntos céntricos de reunión de una gran parte del mundo asiático. Millares de budhistas van anualmente á Lhasa con el mismo celo religioso que los mahometanos á la Meca. Allí visitan el monasterio de Potala, para recibir la bendición del Dalai Lama. El tributo que exige el administrador del monasterio no pasa de 23 pesetas, pero las caravanas numerosas llevan sumas de mucha consideración. El palacio Potala del Dalai Lama está situado á 2 kilómetros al Norte de la capital tibetana,

sobre una colina pedregosa, en medio de un valle pantanoso. El palacio dorado de la divinidad principal está en el punto más alto. Hay que trasponer dos pórticos sombreados por árboles corpulentos y frondosos para llegar á una escalinata de 400 peldaños, que llega al templo mismo. Cuando el Dalai Lama recibe á los peregrinos y coloca la mano sobre su cabeza, los fieles vuelven llenos de júbilo á su patria, y en adelante ya no tienen que visitar más que á otro Budha resucitado, de rango inferior.

Los sacerdotes budhistas, con su cabeza calva y descubierta, su traje sencillo encarnado ó amarillo, según la secta, la olla del pobre en la mano, son los hombres más curiosos que pueden verse en los países donde domina aquella creencia. La cazuela de que se servía Budha es objeto de gran veneración, y en muchas partes se adoran sus restos como reliquias. Lo mismo en la más pobre aldea de la Indo China que en cualquier majada de pastores mogoles se oyen en el silencio nocturno los mismos cantos, acompañados por ruidosos instrumentos, y se ven elevarse en las mismas horas las nubes de humo de los sacrificios. Dichos sacerdotes no forman casta propiamente dicha; su dignidad no es hereditaria. Son por demás numerosos en los países donde cada familia consagra á un hijo á la religión y al celibato. Ejercen la profesión de misionero, contra la voluntad del gobierno ruso, disfrazados de mercaderes chinos. Turner, en su viaje y visita al monasterio Pomela en el Bután, observa que es necesario el celibato en aquel país para aspirar á los honores, y añade la siguiente observación, aplicable á la mayoría de los países budhistas: «La religión y la ambición conspiran contra el aumento de la población.» Parece que los hombres de las clases principales no conocen más deberes que los religiosos y políticos, y que el aumento de la población queda relegado al Labrador y al obrero. Se ha hablado mucho del crecido número de célibes entre los tibetanos y los mogoles. Las colonias de mujeres y niños que se establecen cerca de los monasterios, tales como las que se encuentran en Sikkim, prueban el libertinaje desmoralizador que se oculta bajo la apariencia de la observancia de la ley religiosa.

En Baksa y Bakchi el pastor de las estepas del interior de Asia y del Sudeste de Europa profesa las elevadas ideas de la religión de Budha, pero se ha acercado tanto al islamismo, que apenas se distingue ya la diferencia, la cual consiste á menudo en algunas exterioridades. Radloff dice que los bakchis son charlatanes, que aparentan lamer hierros candentes y clavarse en el cuerpo cuchillos y agujas. Un escritor moderno dice, con cierta ironía, que los muchos sacerdotes de los kalmukos, que llegan á uno por cada 60 hombres, son una señal de progreso, pues que estos sacerdotes parecen más instruidos y ofrecen dignos ejemplos de imitar. Pero la verdad es que toda la instrucción de estos sacerdotes se reduce á saber la lengua tibetana ó tangusa, en una de las cuales reza sus plegarias. Ninguno de ellos sabe el ruso. Los manchikes, jóvenes adscritos al servicio del templo, sirven también al sacerdote y trabajan para él. Sus rentas son bastante cuantiosas, su alimento sencillo. Cuando muere un sacerdote ha llegado á ser un dios, y su imagen es venerada como cualquier otro ídolo. El *Baksa* y *Dargón*, como médico maravilloso, es el heredero del camán. Su influencia y su consideración dependen de sus conocimientos y aptitudes, que se reducen á tocar el *Kobisa*, milágroso instrumento de tres cuerdas, rodeado de pedacitos de metal, y á enfurecerse y caer en éxtasis: además debe conocer los numerosísimos remedios chinos, tanto más, cuanto que entre muchas sustancias inofensivas hay algunas venenosas. Pero gran parte

de su ciencia descansa en la fe del enfermo. Entre los kirguises, cuando una mujer está de parto, entran hasta dos de estos médicos en la cabaña. Se apaga el fuego en todas partes, menos en el hogar doméstico, colocado en el centro del dormitorio. Llevan á la enferma junto al hogar, mientras el médico baksa empieza á tocar su instrumento, y luego á cantar con voz temblorosa y baja una melodía extraña y salvaje: de vez en cuando el canto es interrumpido por gritos desgarradores. Finalmente, todo queda en silencio, pero tan sólo por un momento: el baksa se pone á saltar con ojos inflamados y haciendo horribles muecas, arroja lejos de sí el instrumento y empieza á dar vueltas como si hubiera perdido el juicio: anda, tropieza, cae encima de los que le rodean, se levanta, grita, solloza, se muerde las manos, se acurruca en un rincón, luego salta de nuevo, coge con los dientes una almohada y en seguida la tira; en una palabra, hace todo lo que pudiera hacer un loco furioso. En las ocasiones en que, en lugar de llamar á uno llaman á dos baksas, ambos compiten en extravagantes demostraciones; se muerden, se tiran mutuamente acusas ardiendo, y así continúan hasta que el baksa más débil cae desfallecido. Mientras tanto, en opinión de los kirguises, gracias á estos furores, la mujer da á luz felizmente.

En los partos que se presentan fáciles, los esfuerzos son menos intensos. Junto á la cuna de los niños enfermos el baksa no se entrega á sus extravagancias, sino que arranca dulces sonidos de su kobisa, sopla ó escupe sobre el miembro dolorido y á lo sumo lo golpea con los pulmones de un cordero recién sacrificado. Es digno de notarse que como auxiliar del baksa figura en todas estas operaciones el herrero y que en los funerales tiene aquél que cumplir con todas las prácticas relacionadas con el fuego que aparecen como restos de una antigua religión.

Los chinos son los más tolerantes de todos los pueblos budhistas, en lo cual se parecen más á los europeos. Los siameses observan rígidamente el budhismo, entran en los monasterios, lo que se aviene mal con su actividad, y en el archipiélago indio contribuyen á la edificación de templos mahometanos; en Batavia admiten en los hospitales á los cristianos, judíos y mahometanos como á los enfermos de su propia religión. A pesar de su fealdad horrorosa, los dioses chinos son los más pacíficos y bonachones, porque el chino atiende á la utilidad práctica de una creencia; es positivista, y la base de su religión es el arte de vivir en paz, feliz y con provecho. Los mogoles son mucho más fanáticos. El espíritu del gran Akbar, que armonizó todas las religiones en la India y quería inventar otra nueva sin templos, ni altares, ni sacerdotes, no ha subsistido en la masa del pueblo. Los misioneros han observado en los territorios fronterizos de la Mogolia que los mogoles son mucho más intolerantes en la fe budhista que los chinos, pues estos últimos á lo menos conocen las ventajas de la instrucción y otras mejoras prácticas. Los pastores de las estepas son los más supersticiosos de todos los hombres. Los mogoles se entretienen con preferencia hablando de reses y pastos, luego del sacerdote, de su ciencia médica y del modo de aplicar los remedios, entre los cuales los de más nota consisten en palabras mágicas y otras prácticas por el estilo, más bien en interés del ganado que de los hombres. En esto son iguales los turcos y los mogoles.

En la China domina el budhismo. La doctrina de Confucio es conocida por todos los sabios del país, pero muchos practican las ceremonias de otra religión. En el Japón se ha adorado también mucho tiempo á Budha, á Confucio y á los Camis á la vez. En la India posterior oriental la idolatría procedente del budhismo es la religión del pueblo

bajo, de las mujeres y de los ignorantes; entre las clases elevadas y las personas ilustradas hay muchos que se adhieren á Confucio. China, por fines políticos, afecta mucho respeto á todo lo budhista.

A los que han juzgado la política seguida por China respecto de los mogoles les ha sorprendido la dulzura con que el gobierno chino ha tratado á la religión de los mogoles. Esta benignidad determina los medios por los cuales éstos, al morir su jefe espiritual el *Kutujta gygen*, buscaron otro en Lhasa y sirve de protección á las caravanas. En Pekín se sabe que los mogoles están tranquilos cuando lo está el Kutujta. La China ha tenido buen cuidado de ejercer gran influencia en la elección del Dalai Lama, influencia como no tuvo nunca en los cónclaves mismos ninguna potencia europea.

Con energía que no debilita la distancia procura extender en Lhasa sobre los tibetanos por medio de una soberanía moral una influencia análoga á la que la posesión de las ciudades más sagradas de los mogoles le ha asegurado sobre los nómadas del interior del Asia. A juzgar por los rumores que llegaron á oídos de Prschewalskij, los chinos no vacilan en emplear el veneno, cuando las circunstancias lo exigen para deshacerse de los kutujtas que por su mayor ilustración podrían llegar á ser un peligro para ellos. Estos medios utilizados para conseguir el fin son más violentos que los que usaba Kanghi traduciendo al mogol las principales obras de los clásicos chinos y propagándolas entre sus súbditos que hablaban aquel idioma; pero en cambio fueron más eficaces y con ellos se logró el objeto apetecido. En el otro extremo están los tibetanos y los tangutes no menos pobres y supersticiosos, que no sólo se descubren cada vez que pasan por delante de un santuario, sino que desliziándose sobre sus rodillas se prosternan en tierra.

Para el tibetano el asunto preferido de conversación es la religión. Ama lo desconocido, lo incomprendible. Los bandidos montañeses tibetanos, á pesar de sus desafueros y violencias, son puntualísimos en el cumplimiento de sus deberes religiosos y siempre se les oye murmurar sus plegarias budhistas. Es extraño que á pesar de esto no conozcan al Dalai Lama; probablemente consiste en que no quieren someterse á su poder político como se someten al religioso. En la India posterior, Siam es el punto donde más domina la fe de Budha. Cada hijo de buena familia debe pasar un año en un monasterio; los reyes, que son coronados por segunda vez después de ese año, están obligados á proteger los numerosos monasterios del país.

En la India propiamente dicha y en la posterior hay varios ritos para los funerales. Inmediatamente después de la muerte de un indio, tiene lugar el entierro *fresco* ó inmediato en el tronco de un árbol, luego viene la cremación del cadáver, y un año después se guardan las cenizas, celebrando un sacrificio de búfalos. Los khassias derraman miel sobre el difunto colocado en un tronco de árbol, para preservarle de la corrupción hasta el fin de las lluvias, y luego lo queman.

Los murmis queman los cadáveres y luego entierran sus cenizas en una jarra. Lo propio hacen los varalis de la India posterior, los cuales, en un día determinado, cubren de flores el sitio en que están depositadas las cenizas y encienden pequeñas luces. La cremación de los cadáveres está muy extendida principalmente en la India y lo estaba ya desde muy antiguo, según lo atestiguan las antiguas sepulturas: la mayoría de los pueblos indios, aun aquellos que como los dardos habitan en los territorios fronterizos, la practican. Asimismo aparece en el Tibet, bien que allí muchos cadáveres sean simplemente arrojados al campo. Ya

hemos hablado de los dólmenes: otra reminiscencia de los sepelios europeos son las bolas de arcilla, del tamaño de una píldora al de una nuez, que se han encontrado á montones en las tumbas de Kurg y que son exactas á las que contienen los antiguos sepulcros de la Gran Bretaña. Los laos y los khas entierran á sus muertos ó los cubren simplemente de corteza. Las armas y utensilios del difunto se colocan en un palo junto á la cabeza del cadáver, y cerca del sitio en que éste está enterrado se construye una choza funeraria.

A veces en la India, en lugar de quemar el cadáver lo arrojan al Ganges, donde sirve de alimento á los peces, ó si se le quema, arrojándose las cenizas al mismo río. En el verano de 1880 murió la esposa del príncipe Tongmupi en Ava (Birmania), exigiendo antes á su marido la promesa de que echaría sus cenizas al Ganges. Con las joyas de la princesa se fabricó una urna de oro, en la cual se depositaron sus cenizas. Cuatro brahmanes fueron con la urna á Benarés, y allí después de varias ceremonias, las arrojaron al Ganges. Después llenaron la urna de agua del río sagrado y la llevaron de nuevo á Ava, donde el esposo afligido la ofreció á una diosa. Creemos oportuno reproducir la siguiente descripción de una cremación solemne. «En el mes de marzo de 1881 se celebró el funeral de la esposa favorita del rey, que se había ahogado con su única hija en el mes de junio del año anterior. Los dos cadáveres depositados en ataúdes de palo de sándalo, fueron llevados el día de la víspera, por sacerdotes y empleados de la corte á un palacio de madera construido con este objeto, y colocados sobre una hoguera de troncos olorosos. La reina llevaba traje europeo, su hija el nacional, y las dos estaban adornadas con sus más preciosas joyas. Durante la noche los oficiales y los criados de corte velaron con artochas encendidas en la casa mortuoria. Por la mañana colocaron sobre la hoguera dos cubos de plata llenos de agua del Ganges, y luego los sacerdotes rezaron las preces de los difuntos. Después entró el rey Tchula Longkom, acompañado de sus hermanos y ministros, rezó breves momentos delante de la hoguera, se despidió de sus amadas difuntas y en seguida prendió fuego á la hoguera con una tea. Cuando todos hubieron abandonado el palacio, los criados de la corte lo incendiaron por sus cuatro costados, y quedó reducido á cenizas con su precioso contenido.»

Los chinos entierran en los campos y forman con tierra

una tumba cónica, que mide de uno á dos metros de alto; la de un emperador medía 10 metros. Los más ricos construyen sepulturas rodeadas de murallas y cipreses. Los funerales de los pobres son sumamente sencillos: cuatro hombres llevan el ataúd y lo sigue la viuda vestida de blanco. Los regalos que en otros tiempos se usaban (con un emperador fueron enterrados 150 trajes completos para que le sirvieran en el otro mundo) han quedado reducidos á una moneda de cobre. La bárbara costumbre de enterrar con los grandes á una parte de su servidumbre, que en el entierro de una emperatriz costó la vida á 30 personas, fué abolida por Kangi.

Los pueblos de Asia no han tenido jamás el cuidado que distinguió á los egipcios por la conservación del cadáver. En Egipto se proporcionaba á los muertos cuanto debían necesitar para entrar en el otro mundo, hasta escritos que debían atestiguar sus méritos ante Dios, y gracias á esta costumbre se han conservado preciosos documentos históricos. Los griegos decían que las casas egipcias eran albergues, y las tumbas moradas eternas. Ciertas particularidades en la fábrica de las celdas mortuorias en tiempo de la cuarta y quinta dinastías, hacen pensar á los arqueólogos que los egipcios tomaron de ellas el modelo de sus cabañas; por manera que las casas de los muertos se parecían á las de los vivos, con la única diferencia que las de aquéllos eran más duraderas.

Por lo demás, la costumbre de los sepulcros de piedra se extiende por todo el Norte de Africa hasta donde llegaron los dialectos hamitas: hasta allí habitan los pueblos en cabañas de ramujos ó de barro ó en tiendas, apareciendo en todas partes el marcado contraste entre las duraderas viviendas de los muertos y las fugaces habitaciones de los vivos.

En el Asia Menor encontramos también las tumbas de piedra construídas como casas y aun como palacios, pero con materiales más resistentes. Los prosélitos del islamismo entierran sus muertos de prisa y sin muchas ceremonias; los cementerios no están rodeados de cercas, los atraviesan los caminos de tránsito; y en un país lleno de antiguos monumentos como es la Persia, raras veces se erigen cenotafios importantes. En estos países el principal cuidado consiste en colocar la cabeza del muerto en dirección de la Meca ó Herbelah ú otro lugar sagrado para las varias sectas mahometanas.

LIBRO SEPTIMO

ANTIGUOS PUEBLOS AMERICANOS CULTOS

CAPITULO PRIMERO

GENERALIDADES SOBRE EL ORIGEN Y EL DESARROLLO DE LAS ANTIGUAS CIVILIZACIONES AMERICANAS

«América es la última parte de la tierra y la más difícil de conocer.»

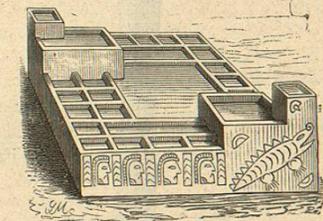
HERDER.

Dificultad de apreciar las antiguas civilizaciones americanas. Comparación entre las de los varios territorios. Grados y centros de civilización y cultura. — Los toltecas. — Emigraciones americanas. — La América primitiva comparada con el mundo antiguo. — Relaciones transpacíficas. — Teoría del origen norte asiático de los americanos. — Relaciones entre América, el Japón y la Polinesia. — Teoría del origen polinesio.

Las antiguas civilizaciones de la América han desaparecido: cuando llegaron á ponerse en contacto con las europeas habían ya dejado de existir sin que de ellas quedaran inscripciones ó dibujos que, como en Egipto y en Asiria, permitieran reconstruir su pasado. Los escritos de estos pueblos hasta ahora son letra muerta, y aunque llegasen á ser descifrados, pocas noticias históricas podrían proporcionarnos. No es la deplorable destrucción de muchos de ellos, efectuada por los conquistadores, ni tampoco la supuesta destrucción de colecciones de cuadros históricos, lo que nos impide deducir una idea exacta de la antigua civilización americana, sino las relaciones de los conquistadores, en parte equivocadas y en parte deficientes. Hay noticias absolutamente falsas hasta en los documentos del Estado; y se puede afirmar que ninguno de los que escribieron la historia de la conquista lo hizo con escrupulosa veracidad. Los primeros pueblos civilizados que encontraron los españoles una generación después de Colón, deslumbraron á los observadores que habían sufrido tantos desengaños entre los pobres caribes, indígenas de la Florida y americanos del Sud. Se figuraron haber encontrado por fin lo que venían buscando por espacio de muchos años. Entonces les pareció reconocer la importancia de la audaz empresa de Colón. Méjico fué el primer país americano que les impresionó, viéndolo en él una tierra cultivada á la europea, y le llamaron Nueva España. Con este nombre los españoles dieron á la deseada región, rica de oro y de tantos útiles productos, el título más armonioso y honorífico de que podían disponer. Los contrastes en el carácter de la naturaleza, que Cortés experimentó en cinco días de marcha desde Zempoala hasta Naulinco, y que debían impresionar más aún á sus sucesores, en el camino de Veracruz á Puebla, aumentaron la sorpresa y admiración de los conquistadores. Méjico, más que cualquiera otra parte de América, es un país de contrastes. Banelier escribe: «Después de haber morado cuatro meses en el sano Cholula, en que antiguamente vivía una importante raza india independiente, me hice cargo de las vivas impre-

siones que debían experimentar unos guerreros poco ilustrados y sacerdotes llenos de entusiasmo. Después de una larga marcha por las sombrías regiones montañosas, que rodean el volcán de Orizaba, hasta los valles desnudos de Tlaxcala, desde la orilla Norte del río Atoyac, la vista de la fértil llanura elevada de Rohila es encantadora. Muchas veces he gozado de ella y concebido lo que debían experimentar los españoles cuando vieron los grupos de grandiosos edificios esparcidos en las verdes superficies, á la sombra de magníficos árboles, en un marco de plantas desconocidas y en un vastísimo y puro horizonte. Entonces debieron pensar en su hermosa patria, floreciente en aquel tiempo.» Pero ni Tenojtitlán ni Tlaxcala ni Tezcucó eran las grandes ciudades, los importantes Estados que nos describen.

Tales exageraciones nos dan la medida del crédito que merecen algunas indicaciones. Sirva de ejemplo la que copiamos á continuación: «El mercado de Tenojtitlán era visitado diariamente por 60.000 personas; cada vara cua-



Antigua piedra calculadora de Perú. (Según Squier)
1/10 de su verdadero tamaño.

drada de terreno era cuidadosamente cultivada.» Quien conoce el valle de Anahuac sabe desde luego que esto último no puede ser. Los ponderados países de los zapotecas, migas, mayas, chibchas y quechuas están muy lejos de pertenecer á las regiones fértiles de América. Todos consisten en oasis en medio de grandes páramos desiertos. No tenemos noticias seguras acerca del número de habitantes de estos países. Los llamados reinos, como el de los mixtecas, en la orilla Sud del río de las Balsas, no pueden haber sido ocupados por una gran multitud de indígenas, pues en su mayoría no tienen fertilidad alguna y hasta carecen de oasis. Los registros de bautismo de los misioneros están desfigurados, pues los neófitos se hacían bautizar repetidas veces para recibir la recompensa acostumbrada. Había también intereses que obligaban á aumentar el número de los convertidos. El primer obispo de Méjico, Zumárraga, escribió á Tolosa, en el año 1531, que había bautizado 250.000 indígenas; en las copias y en los impresos, este número apareció cuadruplicado. Es sabido que los filántropos exageraron el número de la población indígena para presentar en proporciones más terribles el número de las víctimas y de los esclavos. Las Casas supuso que Tenojtitlán tenía un millón de habitantes y en esta propor-